

Capítulo 8 - Luces Pálidas

El teniente Sihle había comentado que el camino comenzaba a media milla adelante, y allí fue donde lo encontraron.

Tristán no era rastreador, no tan acostumbrado a callejones sucios, pero aunque los antiguos adoquines estaban semiocultos por la suciedad y las hojas secas, eran demasiado grandes para que alguien con ojos no los viera. Los bosques a ambos lados eran claros, pero rápidamente se volvían más densos, dejando la sensación de un sendero despejado en tiempos remotos, abandonado desde entonces al bosque para que lo reclamara año tras año. La mayoría de los combatientes se agrupaban en la cabecera y la retaguardia de la columna, mientras que quienes estaban allí tenían pocas expectativas — los dos de cabello gris, los mellizos, Ruesta y sus doncellas — permanecían escondidos entre medio, en seguridad, mientras la compañía avanzaba.

Yong había sido enviado al frente con un mosquete, por saber usarlo y tener uno en su poder, mientras que a Tristan le ordenaron retroceder, mandato del desagradable lacayo de los hermanos Cerdan, Gascon. Este hombre, de bigote prominente y ademanes arrogantes, mostraba claramente su desprecio, un aire que al ladrón le era familiar. A veces emergía en los sirvientes personales de los infanzones, algunos tan acostumbrados al sabor de la bota en la lengua que llegaban a creerse parte de ella. La indiferencia del ladrón no le preocupaba; sin embargo, su compañía en la retaguardia fue desafortunada: compartían la guardia con Tupoc Xical y sus dos amigos de Aspodelo.

Leander Galatas aún curaba la herida de la Bella Azucena: su brazo, convertido en muñón macizo y cubierto por vendas, era una herida que aún dolía. El noble del Rectorado de Aspodelo, cuya nombre completo Tristan había aprendido a llamar Acanthe Phos, era un hombre de charlas más animadas. Le preguntó acerca de sus orígenes, aunque él permanecía en silencio, y ella compartió abundantemente los suyos. La Casa Phos, le explicó, había sido una de las que peor había prosperado tras la ascensión de los comerciantes. La falta de oportunidades para un séptimo hijo de una familia empobrecida, marcada por un acné que hacía improbable un matrimonio con riquezas, la llevó a buscar una carrera en la Guardia.

— Es toda culpa de Tianxia, por supuesto — le dijo Acanthe, dando palmadas entusiastas en su brazo —. Sus comerciantes incitan al pueblo, comenzando toda esa charla de convertir a Aspodelo en una república aliada de los Diez. Una tontería.

Él tendía a estar de acuerdo. No sería la primera vez que Tianxia ayudaba a derrocar a los nobles de alguna ciudad-estado en el Mar Trebano, pero ¿una tan cercana a Sacromonte? Dudaba de ello. Tianxia ya enfrentaba suficientes problemas en casa sin tomar prestado alguno del patio de su propia ciudad. Sin embargo, sospechaba que sus propias simpatías republicanas no le ganarían amigos aquí, por lo que Tristan emprendió una conversación en temas más seguros. La charla sobre Sarai, que aún fingía ser de Rasen, la odiada ciudad rival, era una buena opción.

— No puedes confiar en los Raseni, Tristan — le advirtió Acanthe —. Es bien sabido que usan sus velos para esconder a los demonios entre sus filas. Se divierten en rituales corruptos con los iguales, esperando obtener poderes oscuros.

Habiéndose informado también por un comerciante Raseni de que los Aspodelitas eran en realidad medio-demonios, guardando en secreto bibliotecas de grimorios usados en rituales impíos para voltear el viento contra los marineros Raseni honestos, el ladrón apartó su diversión lo mejor que pudo.

— Oh — musitó Tupoc —, estoy seguro de que Tristan no tiene nada que temer de nuestros Raseni, Señora Phos. Ya derrotó a una mujer hoy, ¿por qué no a otra?

El ladrón no reaccionó. No era la primera vez que el anáhuac lanzó una pulla en su contra, pero no responderle le aburría y cesó. Verlo atacar una y otra vez era agotador, pero estaba decidido a no dejar que Tupoc lograra lo que buscaba. Tristan dejó que la conversación decayera nuevamente, sin decir nada, ignorando la mirada compasiva de Acanthe. Ella aún no había protestado, pues aunque disfrutaba de la charla, había apostado por Tupoc Xical. No arriesgaría esa alianza por alguien insignificante.

El ladrón permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos, mientras la sombra de oscuridad que los rodeaba le resultaba inquietante. En Sacromonte siempre había luz, por muy lejana que estuviera, aunque aquí solo brillaban las luciérnagas de las linternas que llevaban. La atalaya del Vigilante junto a la orilla se escondía tras los altos árboles, y las estrellas en el cielo parecían tan distantes, como si las antiguas maravillas de los Antediluvianos se percibieran a través de un velo. Había leído que las islas del Mar Trebiano eran las más luminosas de todo Vespero, entonces, ¿qué tan oscura debía ser el resto del mundo? El mero pensamiento le hizo estremecerse.

El ladrón no tenía reloj, pero la anciana Vanesa, con sus gafas, sí. Cuando se detuvieron, las palabras comenzaron a difundirse en la columna: les había llevado tres horas y media llegar al campo de batalla ensangrentado del que hablaba la capitana Cristina.

Era un claro enorme que atravesaba el camino, una abertura en el bosque, o al menos así había sido. Ahora, en su centro, yacía un profundo abismo, los antiguos adoquines destrozados, y la sangre seca salpicada por doquier en trazos feroces. Avanzaron lentamente, con cautela, con sus espadas y fusiles al descubierto — Tristan cargó con cuidado su pistola, relleno la pólvora y la bola — hasta que las titilantes luces de las linternas lograron distinguir unas huellas enormes en la tierra. Cada una tenía el tamaño de una columna gigantesca, redondeadas, hundiéndose lo suficiente para insinuar la inmensa presión que las había aplastado desde abajo. Tristan aliviado vio las huellas dirigirse al este, adentrándose más en el bosque. Pero la advertencia de la capitana resultó muy acertada.

Mientras rodeaban el abismo, sombras salieron de la oscuridad proyectada por el suelo roto. Solo una docena, aunque la violencia de la acometida provocó algunos gritos de susto. Se escucharon disparos antes de que Tristan pudiera distinguir claramente a las bestias: cinco terminaron en el suelo en un instante, la joven Ramayana con sus pistolas derribó dos en un parpadeo. La mitad restante huyó, los demás embistieron enloquecidos, aullando desafortadamente. Tristan percibió

que eran lupinos, criaturas similares a los lemures, con aspecto de gran perros lobo, que tenían espinas óseas en el pelaje enmarañado. Sus dientes eran demasiado grandes y curvos, y sus ojos, pozos de azufre amarillo.

Las tres que cargaron, por muy veloces que fueran, tropelaron contra letales enemigos que estaban preparados. Inyoni y Tredegar corrieron hacia adelante, con cuchillas iluminadas; la cabeza de una bestia fue abierta, y otra atravesada en ese mismo instante. La tercera pasó justo delante de ellos; en ese momento, el hacha de Ocotlán aplastó al animal contra el suelo. El ataque fue tan violento que lo pulverizó, como un hacha contra un melón, y un desagradableísima pulpa voló por el aire.

Tristan no se detuvo a reflexionar más, pues en los arbustos cercanos se agruparon nuevas lemures. Solo algunas sombras que se deslizaron en línea con la luz de las linternas, pero basta con verlas para tenerlo apretando con fuerza su pistola. Una salió de repente; sin pensarlo, bajó la arma y apretó el gatillo. La chispa del arcabuz provocó un destello, pero su muñeca tembló y el disparo se perdió entre la oscuridad, mientras la criatura lupina huía sin haber estado en peligro. Tupoc Xical resopló desde detrás de él.

— Mejor quedarse con la maza, creo — dijo el azteca.

Tristan ocultó su vergüenza apartando la vista, fingiendo mirar hacia los árboles.

— No es que estas criaturas sean dignas de temer — continuó Tupoc —. Son casi solo perros.

— A los lupinos les gusta cazar por largos ratos, Xical — contestó Tristan, con gusto en corregir al otro —. Pueden oler un rastro a varias millas y tienen una resistencia sobrenatural, por eso los mantos prefieren seguir a su presa hasta agotarla antes de darle muerte.

Los pálidos ojos de Aztlán se arrugaron con placer y Tristan supo de inmediato que había cometido un error.

—Me pregunto —dijo Tupoc con desconcertante indiferencia— cómo es que una rata de alcantarilla de Sacromonte sabe eso.

El ladrón tragó una maldición mientras Acanthe le lanzaba una mirada evaluadora. El Aztlán había estado provocándolo todo este tiempo en busca de una reacción, y ahora finalmente la había obtenido. Cortando sus pérdidas, se apartó de los dos y Tupoc le permitió retirarse con una sonrisa agradable. La escaramuza ya estaba prácticamente zanjada; los lupinos no querían arriesgarse a otro ataque. Debían estar enloquecidos de sangre para arriesgar uno en un grupo tan numeroso en primer lugar. La columna se apartó, con informes del frente que indicaban que en dos horas encontrarían un buen lugar para acampar. Los lemures desaparecieron en la retaguardia mientras abandonaban el claro rumbo al bosque, probablemente volviendo a devorar los cuerpos de sus propios muertos.

Volverían, sin duda, y así, tras otra agotadora marcha por los bosques, Tristan vio con alivio el sitio elegido para acampar.

Era un lugar muy bien ubicado, debo admitir. El primer tramo del bosque tras ellos había llegado a su fin, mostrando extensas planicies ondulantes que se extendían por muchas millas hasta que comenzaba otra línea de árboles cerca del pie de las imponentes montañas. Al noroeste, la silueta del antiguo acueducto conocido como la Carretera Alta podía vislumbrarse en la débil luz de las estrellas, si uno se mantenía lo suficiente en el borde de las linternas. Estaba cerca, a no más de una hora de marcha. El sitio de acampada en sí se encontraba quizás a quince minutos más allá del bosque, en dos colinas inclinadas separadas por una estrecha grieta. Mostraba signos de uso frecuente, con fosas para fogatas ya excavadas y letrinas secas.

Siguiendo las órdenes de los infanzones, quienes actuaban como si ya conocieran el lugar, y probablemente lo conocían — era un secreto a voces que las familias guardaban registros — se levantó un campamento. Las fosas para las fogatas se alimentaron con leña y carbones, mientras dos centinelas asumían puestos en la cumbre de las colinas, desde donde podrían tener una vista amplia de las planicies de abajo. Los nobles levantaron sus tiendas cerca de las fogatas y sus seguidores colocaron sus colchonetas a su alrededor, mientras los demás se dispersaban en círculos alrededor de las colinas. Como uno de los reclutas de los infanzones, Tristan consiguió un lugar a medio camino en la colina occidental, cerca de Yong y del ayudante de Lady Villazur, Sanale.

Las parejas casadas y los viejos de cabello gris tuvieron que conformarse más abajo, en cada una de las colinas, en caso de que algún lemure o cultista lograra pasar la vigilancia de los centinelas durante la noche.

No era diferente de la cruel realidad de la ciudad en la que había nacido, pensó Tristan, solo despojada de la vanidad habitual que permitía a la gente ignorarla. Al bajar su colchoneta y su botiquín, el ladrón consultó con el valet cerdano para saber cuándo le tocaría vigilar y recibió con desdén la noticia de que su turno sería cerca del amanecer, cinco horas después de la medianoche. El sobrino de Inyoni, Zenzele, a quien debía reemplazar, vendría a despertarlo. Contento con la hora asignada, pues eso significaba que dormiría la mayor parte de la noche sin interrupciones, Tristan deseó buenas noches a Yong y se desplomó agotado en su cama.

Estaba dormido en cuestión de momentos.

—

“Tristan —susurró Fortuna—. Tristan, necesitas despertarte.”

Sus ojos lucharon por abrirse, el sueño resistiendo en su afán de mantenerlos cerrados. Todo su cuerpo sentía pereza, como si hubiera pasado la tarde durmiendo la siesta, y aunque podía oír a Fortuna, le costaba recordar por qué debería preocuparse por lo que ella decía.

—Idiota—profetizó la diosa—Levántate, alguien te está acusando de un asesinato.

Una sorpresa absoluta y un impulso de ira rasgaron el velo que lo cubría, completando la apertura de sus ojos al despertar. Las llamas crepitaron en la distancia, todos dormían alrededor suyo, y el ladrón mordió su labio para no gruñir. Esa fatiga no había sido natural, alguien había utilizado un pacto contra él. Al moverse en su manta, Tristan atrapó la mirada de Fortuna. La diosa, vestida con

un vestido rojo arrugado a su alrededor mientras se arrodillaba en la hierba, parecía una criatura de otro mundo bajo la luz parpadeante de las llamas. Cabello y ojos de oro fundido, pensó.

—¿Quién?—susurró.

—No pude ver—admitió ella—Su rostro estaba cubierto. Pero estoy bastante seguro de que es un hombre.

Tristan frunció el ceño. La diosa no podía alejarse demasiado de él, rara vez más de la longitud de una habitación; no habría podido seguir a la extraña de regreso a donde se ocultaran. No sería capaz de nombrar a su enemigo. Primero, salir de la trampa, se recordó a sí mismo.

—¿Dónde?

Su susurro fue respondido por Fortuna señalando su botiquín. ¿Dentro? Dioses, cuánto le había afectado el pacto para no despertar mientras alguien revisaba sus pertenencias a solo dos pies de distancia.

—Vigila—dijo Tristan—y ve a revisar.

Fue difícil abrir el botiquín y forzar su apertura sin hacer ruido recostado, pero no era la primera vez que necesitaba dedos silenciosos. A simple vista, no parecía faltar nada, pero luego Tristan los vio: una daga, cuidadosamente insertada entre dos viales, y un trapo empujado en un rincón semioculto. Un trapo ensangrentado, reveló una inspección más cercana. Lo desplegó con cuidado de no ensuciarse los dedos, y vio que un filo había sido limpiado de sangre en la tela. Solo lo suficiente para condenarlo si lo atrapaban con ello, pensó.

Quien hubiera hecho esto había sido lo suficientemente astuto como para no hacerlo parecer un completo idiota: lo bastante listo para esconder y limpiar la daga, pero no para deshacerse del trapo después. Si pretendía vender esa historia en lugar de su enemigo, decidió Tristan, diría que el trapo solo fue ocultado hasta poder desecharlo en un fuego. En silencio, volvió a doblar la tela y tomó la daga, comenzando a cerrar el botiquín en silencio mientras ponía su mente a trabajar con sus manos. Alguien debía estar muerto; de no ser así, una herida lo suficientemente profunda como para sangrar tanto lo habría despertado.

Más importante aún, quien lo hubiera matado quería que él pagara los platos rotos.

¿Había hecho un enemigo, o solo parecía un buen tipo por dejarlo colgado en la horca? No se podía negar que lo habían señalado específicamente, con el uso de un pacto contra él. Solo que, pensó, no solo él había sido tocado por el poder. También había vigilantes, y ellos habrían notado a alguien moviéndose, así que también habrían sido sometidos al pacto. A menos que estuvieran complicados en ello, consideró, pero luego descartó esa idea. Tristan simplemente no era lo suficientemente importante como para conspirar contra él. Sin embargo, eso no significaba que fuera prudente descubrir el esquema.

¿Una rata con un trapo empapado en sangre y un cadáver por el cual alguien debía responder? Incluso si él fuera quien armara el alboroto en medio de la noche, las probabilidades decentes

indicaban que terminaría colgado de todos modos. Si lo había hecho uno de los nobles, cerrarían filas para ocultarlo. No valía la pena arriesgarse. Pero eso no significaba que no hubiera una solución: alguien ya había hecho todas las partes difíciles para incriminar a otro, y él podía aprovechar esa labor en su lugar. Cerró el botiquín, se puso de rodillas. Solo podía ver a uno de los vigilantes desde esa posición, pero la chica de Ramayana—Shalini, si recordaba bien—estaba completamente inmóvil. Sin moverse, sin avivar las llamas, sin mirar en ninguna otra dirección que no fuera directa.

Calmando su respiración, suavizando sus pensamientos hasta alcanzara la serenidad, el ladrón tomó la daga y el trozo de tela de la hierba antes de avanzar a gatas. En silencio, para no despertar a ninguno de los que dormitaban cerca de él. Subiendo la colina, se detuvo solo para coger una piedra suelta y medir la distancia. Un latido después, arrojó la pequeña piedra cerca de Shalini, esperando con tensión mientras rebotaba contra un tronco medio enterrado. El ruido habría sido inconfundible, pero ella ni siquiera reaccionó. Todavía bajo el efecto del contrato, igual que él lo estaría si Fortuna no le hubiese gritado hasta despertarlo. Bien, eso significaba que tenía su oportunidad. La carrera siguió hasta situarse cerca de las hogueras, donde se habían levantado las tiendas de los infanzones.

No podía ver desde allí, pero afuera estaban sus sirvientes más cercanos. El criado cerdan, las criadas de Isabel Ruesta—Beatris estaba ilesa, un alivio— pero para su disgusto, no Cozme Aflor. Al contar de nuevo las tiendas, concluyó que los hermanos Cerdan debían compartir una, mientras Cozme había reclamado otra. Era demasiado arriesgado intentar entrar en una tienda, se admitió con desgana. Tendría que bajar su objetivo: el criado cerdan, Gascon. Es poco probable que los hermanos empiecen a cargar con sus propias bolsas, incluso si el criado fuera expulsado, lo que significaba que probablemente terminaría siendo cosa de Cozme, a pesar de sus pretensiones de ser el que realmente manda. Estaría más cansado, más vulnerable, más propenso a darle a Tristan una oportunidad.

No fue tan difícil esconder las pertenencias.

El paño lo escondió debajo de una roca plana a unos pasos del criado dormido, con solo un pequeño rincón visible, y deslizó la daga bajo la chaqueta doblada cuidadosamente del hombre dormido. Cuando empezó a retirarse, vio que la criada pelirroja se giró de repente en su saco de dormir, bostezando mientras alborotaba su cabello suelto. Tristan inspiró con fuerza, preparándose para buscar suerte, pero ella nunca abrió los ojos. Se quedó completamente inmóvil, como una estatua, hasta que su respiración se normalizó y volvió a dormirse. En medio del susto, descendió lentamente la colina y volvió a meterse apresuradamente en su saco de dormir. Invisible, pensó, aunque no podía asegurarlo. No habría forma de saberlo con certeza hasta la mañana siguiente.

Aunque sabía que necesitaría descansar, le llevó demasiado tiempo volver a dormirse.

--

La segunda vez, fue despertado por un grito.

Haciendo como que nada, Tristan alcanzó su daga y se levantó con un sobresalto. Yong blandía su espada, con los ojos muy abiertos, y ambos se encontraron con una multitud que se congregaba al

borde de la colina oriental. Estaba allí, debajo de donde dormían la pareja de azafates, y se acercó en puntillas para examinar el cuerpo. En ese momento, su respiración se quedó atascada en su garganta y entendió por qué había sido él quien había sido señalado para pagar el golpe: era uno de los gemelos. Ju, estaba bastante seguro, aquel al que había herido ayer. Eso, pensó con gravedad, no era una buena imagen para él en ese momento. Era su hermana quien había hallado el cadáver, y Lan tenía los ojos llorosos y temblando. La vieja Vanesa la sostuvo suavemente del brazo, ofreciéndole consuelo, pero la mujer de labios azules se apartó de ella. Se levantó, con la vista fija en él, y el estómago de Tristan se contrajo. La venganza, para ella, estaba a un grito de distancia.

“Mi hermana”, sollozó Lan, “fue asesinada en la noche. Le cortaron la garganta como a un cerdo destinado a la matanza.”

Tristán tensó mientras se obligaba a no inquietarse bajo su mirada, pero luego los ojos de Lan se apartaron.

“Hasta que descubramos quién fue,” dijo ella, “ninguno aquí está a salvo.”

Un alivio profundo. Una acusación no sería prueba, pero a veces no hacía falta mucho para avivar una turba. Y la turba parecía estar gestándose aquí, por las expresiones en los rostros mientras la multitud crecía.

“No hay un río cerca para lavar,” grito Inyoni. “Alguien aquí tendrá sangre en las manos.”

La anciana con cicatrices, igual que sus pupilos, había dormido justo al otro lado de la colina. Fue una de las primeras en unirse a la multitud que se congregaba.

“Tenemos odres de agua,” señaló Brun con tranquilidad. “No hace falta un río.”

El otro sacromontano había dormido en el lado opuesto de la colina occidental, con los infanzones entre ellos, pero aún así fue de los primeros en llegar tras el grito. Tristan supuso que ya se había levantado. Ya había pasado suficiente tiempo para que los infanzones se dieran cuenta de que tenían un problema, así que llegaron todos de golpe, como una manada de lobos. Tredegar también, por supuesto, habiendo llegado a ser la fuerza física de su grupo más de lo que ella probablemente pensaba.

“El agua fría no borrará bien la sangre,” anunció Remund Cerdan con tono decidido. “Puedo inspeccionar a todos en busca de rastros.”

“¿Y por qué,” preguntó Zenzele con ojos cautelosos, “deberías ser tú quien haga la inspección?”

El otro hombre parpadeó, como si nunca se hubiera planteado que alguien pudiera cuestionarlo.

“Cuidado con lo que dices, Malani,” le mordió. “Casi sueñas como si acusaras a un infanzón de—”

“No estamos en Sacromonte, Cerdan,” interrumpió calmadamente Ishaan, con sus mejillas regordetas. “Tus amenazas no te sirven de nada.”

Isabel Ruesta, con un semblante que parecía el epítome de la angustia, se interpuso entre ellos. Tristan casi bufó, pensando que se esforzaba demasiado en aparentar. Lo que la mayoría de la gente que la conocía parecía no notar nunca le sorprendía: no era tan buena actriz.

“Este no es momento de culparse unos a otros con acusaciones infundadas,” imploró Ruesta. “¿Qué podría haber ganado Remund, si incluso fuera capaz de matar?”

“¿Y qué beneficio tendría cualquiera aquí?” soltó Ferranda Villazur tras ella. “Fue algo sin sentido. Por lo que sabemos, un cultista pudo haberlo hecho en la noche.”

Su llamado a un enemigo externo fue rápidamente ignorado.

“Hay uno,” dijo con calma Angharad Tredegar, “que discutió con las hermanas ayer.”

Mierda, pensó el ladrón. Y ahora llegaba el precio por lo ocurrido ayer. Sus ojos se volvieron hacia él, tantos como los de una multitud, ya que casi todos se habían congregado alrededor del cadáver, pero Tristan no titubeó. Si mostraba debilidad, lo devorarían por completo.

“Discutimos por un pistón que todavía tengo en mi poder,” respondió Tristan. “¿Acaso cortarle el cuello hacía que fuera aún más mío, Tredegar?”

“Nadie más en esta compañía ha cometido violencia contra otro,” insistió el Pereduri. “¿Quién más podría ser?”

“Tú,” replicó, “intentando hacerme daño justo ahora.”

Entonces ella se detuvo, lo suficiente para que alguien más interviniera.

“Si acusamos sin pruebas,” dijo Sarai, “cualquiera de nosotros podría ser el culpable. Lady Inyoni y Lord Remund tienen razón: primero debemos buscar evidencias.”

Y justo un latido después de que dejó de hablar, como si hubiera sido una coordinación, una exclamación de sorpresa resonó. Provenía cerca de las tiendas de los infanzones, lo que levantó el ánimo de Tristan, incluso mientras Song, con sus ojos plateados de Tianxi, giraba sobre la piedra cerca del rollo de cama del valet y mostraba el paño ensangrentado.

“Blood,” anunció Song. “Demasiado para una simple herida.”

Los ojos de Tristan se estrecharon. Fortuna, apoyada perezosamente contra su hombro, tarareó en acuerdo. Ambos conocían bien la fortuna, y aquel momento había sido más que simplemente afortunado. Olería a colaboración, pero ¿para qué? ¿Habían estado ellos detrás de todo esto? Tristan no recordaba haber visto intercambiar palabras más que unos pocos desde que abordaron la Bluebell, y no había buscado enemistad con ninguna de las dos. Parecía extraño que intentaran incriminarlo por un asesinato igualmente absurdo, las piezas no encajaban. Sea cual sea la verdad, inmediatamente fue olvidado por todos.

La multitud estalló en abucheos y gritos tras la revelación del paño ensangrentado, Gascon exclamando en voz alta que él no tenía nada que ver con aquello, solo para ser rápidamente ahogado por una marea de indignación. Ni siquiera sus amos pudieron impedir que se revisaran sus asuntos, y Ishaan, con mejillas regordetas, fue el que levantó la chaqueta y reveló el cuchillo plantado allí. El Ramayan lo levantó en señal triunfante y en ese momento, la mitad de la multitud parecía dispuesta a cortarle la garganta a Gascon ellos mismos. Ahí fue cuando las cosas dieron un giro.

“¿Qué más da?” exclamó Augusto Cerdan, gritando contra las acusaciones. “Es su cuchillo, necios, yo mismo se lo di hace años. Solo que él olvidó guardarlo.”

“Es cierto,” aceptó Remund de inmediato. “Esto no prueba nada, solo tonterías. Todos tenemos cuchillos. ¿Y dónde está la sangre en la hoja?”

Por un momento, Tristan consideró la posibilidad de que quien hubiera asesinado a Jun esa noche usara el cuchillo de otro hombre. Se preguntó por la previsión del asesino. Pero luego dejó aquella idea absurda a un lado, pensando en la proposición mucho más sencilla: que los Cerdan estaban cubriendo a su lacayo, en caso de que parte de la basura que arrastraba terminara salpicándolos a ellos. Sin embargo, eso no bastaba, y por las expresiones de los hermanos, también lo sabían. No gozaban del favor de los demás presentes, sobre todo después de haberse escondido durante la pelea en la Bluebell. Así que Isabel Ruesta tomó la palabra, con los ojos tranquilos pese a la expresión angustiada en su rostro, y Tristan supo que todo había terminado.

“Briceida,” llamó la noble, “hace años que conoces a Gascon. ¿Es cierto, es su cuchillo?”

La doncella de cabello rojo sonrió ampliamente.

“Así es, mi señora,” afirmó. “Lo juro.”

Eso hizo que los demás se detuvieran a pensar. Incluso si no fuera verdad, forzar el asunto ahora convertiría esto en un problema mucho mayor que un simple cadáver. Los infanzones comandaban el grupo más numeroso y claramente hacían frente común — una que incluía a Angharad Tredegar, esa pequeña batallón de una sola mujer. Mientras tanto, ¿quién respaldaba a Lan? Nadie. Tristan vio cómo esa revelación afectaba a la gemela superviviente, esa manera en que parecía haberse quedado paralizada. La rabia impotente que le torcía los labios azulados al darse cuenta de que nadie haría nada por su gemelo asesinado esa noche, porque nadie le importaba lo suficiente. Y fue entonces cuando, por supuesto, Tupoc Xical decidió intervenir.

“No me interesa esta charla de cuchillos,” desestimó el Aztlán, “sino esto: ¿cómo se hizo?”

Un momento de sorpresa lo siguió.

“El cuello de la Tianxi fue cortado, pero hay poca rociada de sangre en el césped y está uniforme,” continuó el hombre. “Ella no se movió. ¿Quién no despierta ni lucha siquiera mientras muere?”

Alguien tocado por un contrato, animó a Tristan. Sería objeto de burla si sugería tal cosa, pero el Aztlán no era alguien con quien se pudiera reír.

“Alguien que fue drogado,” dijo Tupoc en su lugar. “Y solo hay una aquí que lleva esas sustancias.”

Sus ojos volvieron hacia él, la sangre del ladrón helada al ver que el ánimo de la multitud volvía a cambiar. Incluso la mirada de los infanzones, de quienes se suponía que era parte, se volvió hostil. Solo él estaba en contra del bailarín de espejos, y sería un chivo expiatorio para este desastre mucho menos cercano a ellos que el propio valet de los Cerdán. Si acaso, quizás solo ayudarían a enterrarlo.

“Tengo una botella de somnífero en mi armario,” reconoció Tristan lentamente, ganando tiempo, “pero está casi llena. Los invito a que la revisen si dudas de mí.”

Solo podía esperar que realmente estuviera llena. No había revisado cada botella durante su viaje en el Bluebell, lo cual ahora le parecía una grave omisión.

“¿Qué sentido tendría?” preguntó Tupoc. “Podrías haberla rellenado con agua, el color es el mismo.”

“Entonces, tómate un sorbo,” respondió Tristan con amargura, “y dime si se siente diluido.”

Podía notar, sin embargo, que estaba perdiendo a la multitud. ¿Qué más podía hacer, qué pala podría usar para sacarse de este apuro?

“Llevo medio docena de medicinas que podrían ser venenos, utilizadas de manera maliciosa,” dijo Tristan. “¿Qué necesidad tendría de un cuchillo? Si alguien arrebató una vida en la oscuridad de la noche, me parece más obra de un contrato que de una botella.”

“También podría haber sido el Señor del Treceno Cielo, supongo,” añadió Tupoc con tono sarcástico, “pero él está muy lejos y tu somnífero, por suerte, cerca. Además, ¿quién dice que tú mismo no tienes un contrato?”

El azteca parecía disfrutar aquello, pensó el ladrón. El brillo pálido en los ojos de aquel hombre lo delataba.

“Habla, entonces, muchacho,” interrumpió Augusto Cerdán, un hombre no mucho mayor que Tristan. “¿Tienes un contrato? ¿Qué hace?”

Y ahora venían los infanzones, valientemente yendo al rescate de lo que más amaban: su reputación. Tristan sonrió, mostrando todos sus dientes.

“Tu propio valet está detenido con un paño ensangrentado y un cuchillo,” dijo, “y sin embargo soy yo quien responde a las preguntas. Curiosa ironía, Cerdán.”

Estaba al borde, y no se podía predecir hacia dónde iría la balanza. ¿Alguien incluso hablaría por él si los infanzones decidían arrestarlo ‘por la seguridad de todos’? Tendría que confiar en la suerte, maldición; pero incluso si lograba salir de ese apuro inmediato, ¿qué tan peor sería su situación después?

“No fue él.”

El susto le atrapó la garganta cuando el silencio se extendió por la colina y volvió a mirar hacia el orador: lanza misma, con la boca en línea recta, mientras lo miraba a los ojos.

“Mi hermana y yo hablamos con él anoche, arreglamos nuestras cosas,” mentó la mujer de labios azules. “Ya no había enemistad entre nosotras. Esto solo es calumnias.”

Nadie discutiría eso, lo sabía él, especialmente cuando la propia hermana de ella había sido asesinada. Pero ya estaba cavando más profundo. ¿Por qué? ¿Qué ganaba ella con esto? Sabía que el asesino había escapado con la culpa casi asegurada, ¿qué le impulsaba a hacer esto...? Ah, pensó Tristan. ¿Dos pasos adelante, quizás? Ella ya había visto cómo terminaría esto, después de que nadie pagara por la muerte, y decidió ponerlo en su deuda en lugar de convertirlo en un enemigo. Solo ahora, al ponerlo contra la pared, su estómago se contrajo. Estaba a punto de perder todo lo que había logrado maniobrar.

“Tiene razón,” espetó Inyoni con desdén. “Tú enterrarías a tu propia madre para evitar que la tierra toque tus pies, Cerdan.”

“Que se joda esto,” escupió su sobrino Zenzele. “Esto no va a ninguna parte. Vamos, tía, nos marchamos. Si quieren proteger a un asesino, que se hagan responsables ellos.”

“De acuerdo,” gruñó Ishaan, lanzando el cuchillo al césped con tanta fuerza que se hundió hasta el pomo. “Aquí terminamos nuestra amistad.”

Ruesta protestó con algunas palabras de resistencia acerca de la importancia de permanecer unidos, pero no fue más que teatro. No hizo un esfuerzo genuino por recomponer las relaciones y en quince minutos el grupo de Inyoni, compuesto por seis personas, ya se estaba marchando. Ella misma, el sobrino y su amante, los dos Ramayans y esa Aztlán llamada Yaretzi, que en ocasiones intentaba cortejar a Tredegar. La había visto disparar con precisión ayer, pero nada más que eso digno de mención. El grupo se dirigió hacia el camino al norte y en esta primera despedida no se derramó ninguna lágrima. ¿Por qué? Desde la perspectiva de los infanzones, habían evitado un caos que los habría implicado a todos, y además los grupos estaban destinados a separarse más tarde ese mismo día.

Tristán permaneció en silencio y al margen, consciente de que él también había estado peligrosamente cerca de quemarse las manos con todo este asunto. Tupoc condujo a su grupo poco después, aunque no sin antes hacer algunos comentarios sonrientes sobre la confianza a los infanzones. Tomando a los dos de Aspodiel y Ocotlán, se dirigió al este hacia los bosques más allá. Observando al azteca de ojos pálidos alejarse con calma, el ladrón no pudo evitar sentir que solo una persona esa mañana había conseguido todo lo que buscaba, y su nombre era Tupoc Xical.

Luego solo quedaron los infanzones y los restos que estaban por quedar, por lo que Tristán supo exactamente qué le esperaba. Lo que Lan había visto antes que él. Los nobles querrían preservar su honor, y solo había una forma de lograrlo. Mientras empacaba sus asuntos, el ladrón cerró los ojos y se obligó a buscar una estrategia. Todo su esfuerzo por acercarse a Cerdan, por sentar las bases de su venganza, estaba a punto de deshacerse, pero debía haber alguna opción. Siempre

había una estrategia. Cuando Cozme vino a buscarlo, con una sonrisa cansada, como si le importara poco, Tristán todavía no tenía nada. Era como arañar la piedra. Siguiendo al sirviente, descubrió que los infanzones, sus sirvientes y otros reclutas ya estaban esperando.

El ladrón ni siquiera se había dado cuenta de que habían enviado a buscar a Yong, atrapado en sus propios pensamientos. El más joven de los Cerdan, Remund, empezó a burlarse, pero Tristán solo le prestó medio oído. Algo acerca de cómo su criado no podía ser el asesino, que él, por supuesto, no creía que Tristán fuera el culpable tampoco, pero ¿quién podía saberlo? Su hermano mayor agregó con gravedad que no podían poner en riesgo a Isabella, y que seguramente Tristán comprendía la situación. Si esto ocurriera en Sacromonte, simplemente lo hubieran despedido con una cachetada, diciéndole que respetara a sus superiores, pero aquí tenían que seguir este teatro porque necesitaban que otros los acompañaran. Tredegar, Brun, Song, Yong. Todos útiles, todas personas que necesitaban ser tranquilizadas para que no los despreciaran con facilidad. Una mentira, pero una que los infanzones preferían no cuestionar demasiado pronto.

No le satisfacía verlos realizar esas contorsiones, no cuando no podía hacer nada ante el final. El mayor de los Cerdan continuaba hablando, mientras Ruesta lo miraba con ojos transparentes, como llenos de compasión. La aburrida apertura de Ferrdana Villazur resultaba, al menos, francamente honesta. Ella deseaba que esto terminara tanto como él. Ya se había decidido que lo expulsarían de su pequeño grupo, que perdería la oportunidad de acercarse a Cozme y a los Cerdan, y no tenía nada en sus manos que pudiera dañarles. Tampoco sus aliados —el ladrón quedó en silencio. No aliados, no. Pero sí enemigos numerosos. Lupinos que pronto andarían cazándolos a todos, y eso podía... Pero, ¿cómo entregarlo?

Su revelación fue interrumpida por la voz de Isabel Ruesta.

—Yo tampoco puedo creerlo, te lo aseguro —le dijo—. Y tú fuiste recomendado a mí por Beatris, en quien confío profundamente. Si ella vuelve a hablar a tu favor, insistiré en que permanezcas con nosotros.

Tristan se quedó quieto. Los Cerdans parecían sorprendidos e irritados, mientras Tredegar mostraba una expresión resignada que sugería que Ruesta no estaba simplemente especulando. ¿Qué obtendría ella de esto? Tras un breve instante, decidió que buscaba tenerlo bajo su control. Alguien que le debía favores y no vacilaría en hacer las cosas que Tredegar no haría. Los ojos del ladrón se acercaron a Beatris, y vio cómo la doncella tocaba el bolsillo de su chaqueta, aquel donde había guardado el rubí que le había entregado. Percibió la astucia en su mirada y la conclusión a la que llegó.

Ya había matado a Recardo, y ahora llegaba con demasiados enemigos tras él.

—No lo conozco a fondo, mi señora —dijo Beatris—. No puedo hablar realmente sobre su carácter.

No apartó la vista cuando Tristan la miró a los ojos, sin vergüenza. Como debía ser. Tristan no estaba realmente enojado. ¿Cómo iba a estarlo, cuando apenas ayer había golpeado a uno de los gemelos por un arma de relicario? Nada más que la Ley de las Ratas, la misma que él mismo seguía. Beatris haría todo lo posible por sobrevivir, así como él en su lugar. Sería un juego hipócrita afirmar que sentía ira en ese momento. Ruesta parecía sorprendida por un instante, luego cedió a

su doncella.

—Por supuesto, solo puedo seguir sus palabras —dijo—.

Que Beatris no secundara la escena claramente había sido inesperado, y Ruesta, curiosamente, parecía como si ella misma acabara de recibir una puñalada por la espalda. Tristan inhaló profundamente. Ese pensamiento trivial, ese detalle, fue la última pieza que necesitaba. Todo encajó en su lugar y, de repente, ya no había razón para hacerle el juego a ninguna de estas situaciones.

—Voy a poner fin a nuestro sufrimiento —dijo el ladrón— y simplemente me iré antes de que Lord Augusto comience otro discurso.

—Gracias —dijo fríamente Ferranda Villazur.

Se alejó, decidiendo no arriesgar una mirada a Yong. La idea era tentadora, intentar arruinar sus posibilidades para asegurarse de que se viera obligado a seguir a Tristan, pero los Infanzones no solían desechar a un soldado experto solo por un ladrón, y un aliado reacio podía ser tan peligroso como un enemigo. En su lugar, se dirigió directamente a su botiquín, alcanzando discretamente un pequeño frasco verde en uno de los compartimentos centrales, fingiendo que ordenaba los frascos. Sí, allí estaba el extracto de lodestone, igual que en el esquema de dosificación de Alvareno. Una sombra se proyectaba sobre él bajo la luz de la lámpara, y Tristan al levantarse, vio a Yong de pie allí.

—No esperaba una despedida cortés —reconoció Tristan—. Te deseo buena suerte en el camino, Yong.

Tornó a dudar, preguntándose si debería ofrecer una advertencia y cómo formularla para que su plan no fuera descubierto.

—Eso espero —respondió el Tianxi—, ya que ambos emprendemos la misma senda.

El ladrón de ojos grises hizo una pausa.

—Podrías tener más probabilidades con ellos —finalizó.

El soldado Tianxi observó la botella en su mano.

—De algún modo dudo de eso —dijo—. Además, hicimos un trato.

El ladrón levantó una ceja. Ninguno de los dos era Malani, para estar obsesionados con el honor y los juramentos.

—Y su forma de actuar me resulta desagradable —admitió Yong—. Van hacia la Gran Carretera al oeste por alguna razón, quieren que el resto pase primero.

Le tomó solo un momento comprenderlo.

“Gancho de lupino,” adivinó el ladrón. “Mientras nos comen, ellos se escabullirán entre las manadas.”

“Esa también es mi impresión,” gruñó Yong, “y ya estoy harto de ese viejo juego agotador.”

Tristán lo observó durante largo rato, contemplando el rostro sudoroso del anciano. Ya había comenzado a beber, pensó el ladrón.

“Un día,” dijo, “me gustaría saber por qué dejaste Tianxia.”

Sus miradas se cruzaron.

“No,” sonrió Yong sin alegría. “Tú no lo harías.”

El exsoldado lanzó una mirada rápida al grupo que rodeaba a los infanzones, frunciendo el ceño.

“Si tienes un plan, ahora es el momento,” dijo. “Están a punto de partir.”

Por un instante apenas, Tristan dudó. Beatris estaba con ellos. Pero luego pensó en la idea de dejar que los infanzones se escaparan, de que se marcharan libres como siempre solían hacer, y esa idea le quemaba en las entrañas como carbones ardientes. Al final, todo lo que le debía a su compañero rata era la dura ley a la que habían nacido: nada más y nada menos.

Tristán desenrosqué la botella verde. El líquido transparente en su interior era pegajoso, pero sorprendentemente líquido, por lo que tuvo cuidado de no derramar nada mientras humedecía su mano derecha. Con cuidado, volvió a colocar la botella y cerró el armario, caminando hacia donde la multitud se había congregado para el último de los altercados previos. Allí, Ishaan había lanzado con ira el cuchillo que los infanzones mentían haber visto, y allí seguía. Tristan lo arrancó con su mano izquierda del suelo, asegurándose de untar la empuñadura de cuero con el líquido. Luego, avanzó directo hacia el grupo de los infanzones, cuchillo en mano. Song apuntó con su mosquete en su dirección de manera distraída, y Tredegar puso la mano sobre su sable, pero él fue directo a por Augusto Cerdán y sonrió.

Giró el cuchillo, ofreciendo la empuñadura al infanzon ceñudo.

“¿No dijiste que lo habías regalado a tu sirviente?” dijo Tristan. “Devuélvelo. Quizá, en tus manos, no tenga tan mala reputación.”

Con todas esas miradas sobre él, con la de Ruesta en particular, Augusto no pudo retroceder ante el reto implícito. Toma el cuchillo, apretando los dedos alrededor de la empuñadura impregnada del líquido. Podría haber parecido húmedo, pero no mojado. Lo suficiente para no levantar sospechas.

“Ese boca tuya te costará algún día, muchacho,” dijo el infanzón con frialdad. “Más de lo que ya te ha costado.”

“Al final, todos pagamos la cuota, Cerdán,” contestó Tristan con facilidad. “Es lo único justo en todo el mundo.”

Y con eso, se alejó del infanzón, del grupo en general, y subió la colina mientras ellos empezaban a marcharse. En cuanto quedaron fuera de vista, Tristan corrió hacia su botiquín. Lo abrió cuidadosamente con su mano izquierda, soltando los broches y alcanzando la botella de cristal en el fondo. La metió bajo su axila mientras cogía un paño, destapando el tapón y humedeciendo el paño con alcohol de grano. Metódicamente, ignorando todas las miradas sobre él, el ladrón limpió su mano y el borde de su ropa con el paño húmedo. Prestó especial atención a su piel, sabiendo que el extracto de lodestar se absorbería si no era disuelto por el alcohol.

“¿Y eso qué fue?” preguntó Yong con straightforwardidad.

Tristán terminó con el paño y lo arrojó con cuidado, sin pisar cerca. Luego, echó un vistazo a las siete personas con las que iba a realizar la Prueba de Líneas, el grupo de sobrantes que nadie más había querido. Yong y Sarai, el borracho y la mujer en máscara. La pareja de esposos agotados y peleones, Aines y Felis, el jugador y el adicto al polvo. Lan, sumida en el duelo, quien le había quedado en deuda; su sonrisa alguna vez perfeccionada, ahora reemplazada por una ira disimulada. Y los ancianos de cabello canoso, Vanesa con gafas y Franchow con su sonrisa sin dientes y con tos constante. No era la tripulación que él había deseado, pero era la que tenía. Debía sacarles el mayor provecho. Era necesario hacer una presentación, una realmente formal.

—¿Alguno de ustedes está familiarizado con el extracto de piedra imán? —preguntó Tristan.

La mayoría lo miraba con desconcierto, aunque Lan frunció el ceño como si intentara recordar algo. Lo que más llamó la atención fue que los ojos de Franchow se iluminaron.

—¿Lo cubrieron con eso en la daga? —preguntó el anciano.

—El mango —admitió el ladrón.

El hombre de cabello gris asintió con gesto comprensivo.

—¿Y qué hay de los que no estamos familiarizados con la sustancia? —preguntó Sarai.

—El arbusto de piedra imán es una planta que produce bayas —explicó Franchow con tono que ya no parecía didáctico sino más bien serio—. Crece por todo el oeste y el sur del mar Trebian. Aunque las bayas son comestibles, tienen un efecto secundario desagradable.

—Su jugo no huele a nada para nosotros —reveló Tristan—, pero para los lepóridos, huelen a sangre fresca.

Un momento de silencio. Los lepóridos, como los lupinos, las criaturas con narices de sabuesos de caza que merodean por estas tierras.

—El extracto —dijo Yong lentamente—, será más concentrado que el jugo de la baya cruda, ¿verdad?

—Al menos cien veces más, si es algo parecido a lo que venden en los mercados de Sacromonte —dijo el viejo Francho con una sonrisa que mostraba todos sus dientes—. Ingenioso muchacho. Cada lupino en un radio de doce millas los seguirá como si fueran el único manjar en la fiesta.

El ladrón sólo sonrió con una expresión amable y amigable.

—Querían usarnos para abrirles camino —se encogió de hombros—. Yo solo retorno el favor en la misma medida.

A Tristan le gustaba considerarse un hombre práctico, incluso cuando estaba impulsado por la venganza. No importaba si la acción no era completamente de su mano, mientras Cozme y los cerdaños murieran.

Revision #1

Created 14 April 2026 21:19:47 by Michael Brown

Updated 14 April 2026 21:19:51 by Michael Brown